

ONTOLOGÍA DEL EUROPEÍSMO Y METODOLOGÍA HISTÓRICA EN LUIS DÍEZ DEL CORRAL

Miguel A. Pastor Pérez
(Universidad de Sevilla)



Estudio Bibliográfico de / A Bibliographical Study of: **José Antonio González Márquez**, *Europa y España en el pensamiento de Luis Díez del Corral*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva (Colecc. Arias Montano), Huelva, 2013. Pp. 836. ISBN 9788415147374.

PALABRAS CLAVE: Luis Díez del Corral, Historia de las ideas, Filosofía política, España, Europa, europeísmo.

KEYWORDS: Luis Díez del Corral, History of Ideas, Political Philosophy, Spain, Europe, europeism.

Queremos dar noticia de un libro sin duda importante desde el plano de la producción científica y cultural y a tener en cuenta por los estudiosos y eruditos de la historia en una doble vertiente. Por un lado, referente esencial para todo aquel que quiera acercarse, acceder, conocer el pensamiento de Díez del Corral como gran autor de la Historia del Pensamiento Político español y, por otra parte, para todo especialista, incluido todo filósofo, que quiera estudiar e investigar en profundidad la época más importante en el desarrollo de doctrinas políticas en España, es decir los siglos XV, XVI y XVII, y su incidencia desde la propia España en la construcción de Europa.

Corren tiempos de re-actualizaciones y éste es un libro que logra este propósito de forma completa y total, haciendo valer de nuevo una conceptología y una metodología que si fueron eficazmente útiles en su momento, ahora son sobresalientes en su explicar, exponer y convencer.

Se trata, pues, de una gran obra abierta por sendos prólogos introductorios de discípulos y especialistas como son Carmen Iglesias y Miguel Herrero y Rodríguez de

Miñón, logrando, es decir haciendo logro, desde esta misma sección prologada el encuentro de personalidades si bien no antitéticas sí muy separadas ideológicamente en la concepción de la realización práctica de la política.

La obra se despliega en cuatro secciones, además del Índice, que articulan las categorías, conceptos, “existenciaris”, ideas-fuerza o ideas-madre –como las llama el autor-biógrafo a veces– sobre los que se construye la imponente producción del autor-biografiado y objeto de este completo y complejo trabajo (832 páginas), fruto de la Tesis Doctoral de González Márquez. Esta génesis se denota en la pasión y en la entrega del ya cumlaudeado doctor en pos de las huellas no sólo intelectuales (ciertamente la obra del pensador de las ideas políticas no sólo es de las más fructíferas sino también de las más importantes especulativamente dentro de esa riquísima generación de pensadores posterior a la Guerra Civil española y ulterior instauración del sistema del Movimiento Nacional) sino, sobre todo y más apasionadamente, vitales y personales de Luis Díez del Corral.

Por ello, tras las presentaciones y la Introducción, una Primera Parte (Europa), en 9 capítulos y 220 páginas, se plantea la concepción, el sentido de una realidad, durante mucho tiempo más utópica que real, sobre la cual y desde la cual se sustentan, objetividades más concretas, más problemáticas, más vitales y cotidianas como son las naciones que la componen y de las que España, históricamente, forma no sólo parte ineludible sino fundacional en muchos aspectos.

También por ello, la Segunda Parte (España), capítulos del diez al catorce y otras 225 páginas, esta dedicada a la idea-madre de España. No sólo a la cuestión de la gestación histórica de España en el tiempo y en el lugar, sino a la generación “ideológica” de una España partida en Españas desde su germinación y que ahora reclama consideraciones europeístas en su ser fundante liberal.

Dos ideas-fuerza más son expuestas a lo largo de las páginas de esta segunda parte, que sirven también para aclarar, para resaltar, tanto el uso y carácter del método a seguir por LDC, como la propia esencia, el peculiar contenido, la misma ontología de un sistema que *es* en sus propias capacidades realizativas, en sus mismas realizaciones y que por ello se articula a través de la estética y de la técnica como grandes constructos europeos de un pensar y un hacer en su base sostenido por la ciencia, por la ética, por la política, por la economía, por la religión...

Una tercera y muy interesante parte está compuesta por Anexos que contienen tanto correspondencia privada varia de Díez del Corral como textos inéditos, artículos poco publicitados por su dificultad en hallarlos, presentaciones de libros arrinconadas, ensayos y discursos y otros textos documentados de interés, que muestran el recorrido vital e intelectual de un hombre ante todo, de un gran pensador de las ideas políticas en España de proyección universal, y de un conciliador convencido y profundamente liberal, en definitiva, dadas las circunstancias históricas que le tocó vivir.

Cierra la obra una cuarta parte Bibliográfica, insistimos a pesar del Índice, en la que se recogen exhaustivamente las fuentes, tantos originales como originarias, sobre las que se ha construido este monumental trabajo convertido luego en primorosa y fundamental obra de consulta e investigación, para todo aquel que quiera acercarse al pensamiento vivo de LDC expuesto de forma clara, rigurosa y objetiva al compás de una interpretación bio-bibliográfica que no desmerece en absoluto del genuino original.

— * —

El libro, hay que considerarlo, sin vacilar, como dice C. Iglesias en la *Presentación*, directora del trabajo y alumna dilecta de LDC, “primer estudio profundo” que se ha realizado en nuestro país, ciertamente tan avaro en biografías, sobre la obra al completo del autor riojano (1911-1998). Por eso la caracterización de la “poliédrica” obra de Díez del Corral que hace la presentadora, se mueve entre la consideración generosa, desde la afectividad personal, de una creación extraordinaria, “amplia en sus objetivos y tan abierta de horizontes” (p. 19), en la que se entran estudios de carácter político, filosófico, estético y religioso autónomos pero expositores de una perspectiva unificada en la que la identidad de cada ámbito, sus métodos y conclusiones, sigue expuesta, pero, y al mismo tiempo, objetivada en la exposición filosófica, historiográfica y literaria del biógrafo que ha perseguido las diversas sendas, personales, intelectuales y corresponsales del autor biografiado. Así Europa y España se constituyen en los centros axiales sobre los que se van a analizar y comparar la producción intelectual de una obra multidireccional pero que recorre el camino, a veces de hierro a veces de asfalto, de Europa a España y de España a Europa desde la genuina identidad común y la imposible disyunción histórica a pesar de ciertos recorridos elípticos o excéntricos en esa relación, y que se plasma en lo que en muchos casos funciona como categoría establecida o asentada entre los intelectuales españoles desde el siglo XIX y se expresa en “el problema de España”, hoy pluralizados.

Especialmente interesante, nos resulta, como filósofos y estudiosos del fenómeno político, la “opción” asuntiva de González Márquez de plantear una “ontología” de Europa en LDC a partir de su gran obra *El rapto de Europa. Una interpretación histórica de nuestro tiempo* (1954) en la que sobrenada la propia historia de España en la modernidad a través del aferramiento a un liberalismo que no distancie la historia de España de la más cercana Europa, en una tesis también contracorriente, que sitúa al riojano más allá del “falangismo liberal” (p. 36) y lo asienta en el más puro y convencido liberalismo “un auténtico temperamento liberal ya desde 1944, [...] conservador en lo político y absolutamente liberal y tolerante en su relación con los otros a lo largo de su vida” nos dirá C. Iglesias. Tanto la discípula, como el autor secundándola, miran un arco vital e intelectual que va desde la fecha de gestación y edición de *El liberalismo doctrinario* (1945) hasta la aparición

de *El pensamiento político de Tocqueville. Formación intelectual y ambiente histórico* (1989). Por eso, resultan especialmente claros los capítulos dedicados a la Monarquía Hispánica como instrumento u operativo político-económico e institucional-religioso de carácter único en las elaboraciones teórico políticas europeas del momento y después del momento, y de una complejidad y eficacia mientras duró, tres siglos, dignas de ser considerado como una categoría de relevancia científica a la que un investigador social podía dedicar su trabajo, como fue el caso de LDC.

Queda así caracterizado LDC, a partir del trabajo conjuntado de C. Iglesias y de J. A. González Márquez, como un humanista-liberal cuyo entramado científico-intelectual, la autocrítica y el saber, el método acogedor de variantes y constantemente abierto al presente, el sentimiento estético para la consideración de la creación hacen de LDC “uno de los intelectuales europeos y español, más eminentes de la segunda mitad del siglo XX” (p. 23).

Por su parte, el *Prólogo* de Miguel Rodríguez y Herrero de Miñón, caracteriza la publicación de “obra singular” tanto por su vertiente material (vida y obra de...) como formal (constructo biográfico), resaltando el mérito investigador del autor y su garantía de objetividad en cuanto no fue alumno ni discípulo y generacionalmente apenas pudo ser “ni siquiera amigo”. Una labor que se proyecta en un material de textos y correspondencia no expuesto a la luz hasta ahora, dando una imagen en algunos aspectos inesperada de la vida y las relaciones de un pensador clave en la historiografía política española de la época, que sigue proyectándose en la actualidad. Varios aspectos resalta Herrero y Rodríguez de Miñón de un itinerario que entrelaza las experiencias vitales y los intereses intelectuales, que dibuja un sistema categorial explicativo conforme el discurrir vital va cumpliendo ciclos, fechas, vivencias. Así entender la obra de LDC exige situarse como punto de partida ante un “pensar con los ojos”, que desde la influencia de Ortega recorre la Escuela de Madrid, su pensar filosófico, sus estudios en Alemania, la Guerra civil y la postguerra, su actitud personal liberal humanista, su condición práctica de Letrado del Consejo de Estado que le lleva a profundizar en las formas políticas y jurídicas desde intereses meramente historiográficos y su deseo de viajar e intereses estético-literarios que aquilatan las aristas más extremas de su obra en un comparatismo que define la exposición en quehacer de su pensamiento, junto a una construcción categorial rica en matices y abierta, no al cambio sino, a la evolución vital. Una producción que abarca, reconoce y cierra casi un sistema a través del método comparatista, en definitiva, que recorre desde el *Liberalismo doctrinario* un camino ascendente encarnado en *El rapto de Europa. Una interpretación histórica de nuestro tiempo*, prosigue con el eminente trabajo sobre *La Monarquía hispánica en el pensamiento político europeo* retitulado ocho años después *El pensamiento político europeo y la Monarquía de España: de Maquiavelo a Humboldt* y tiene voluntad de culminación en *El pensamiento político de Tocqueville. Formación intelectual y ambiente histórico*.

Una *Introducción* del Autor, que nosotros hubiéramos puesto ya dentro de la Primera Parte, cierra, a pesar de su título, las distintas presentaciones y planteamientos iniciales que abren y constituyen la sección inicial del libro.

Mas allá del reconocimiento político aristotélico y su doble condición humana y reflexiva el autor sitúa su punto de partida en un concepto, también basado en el estagirita, si bien de impracticable constitución ontológica en sentido lato. La amistad imposible entre el biógrafo y el biografiado, si bien esto no excluye y en este caso refuerza y resuelve un diálogo que “pregunta, interpela, pide aclaraciones, se enoja, mantiene aparentemente distancias... para encontrarse, de nuevo, en el terreno de la intimidad eidética” (p. 33) como resultado final.

— * —

Evidentemente, nunca el uso de las palabras, términos, conceptos, categorías es gratuito y neutral, limpio absolutamente de intenciones y así la distancia que recorre y la proyección del trabajo viene enmarcado por y en el mismo título. Ideas madre, Europa y España, a través de las cuales se expone un pensamiento intelectual y que permite determinar, “seguir, rastrear, y narrar” las condiciones que dan lugar y el desarrollo que van a seguir hasta convertirse en un verdadero y completo sistema explicativo que interrelaciona e interactúa esas ideas-fuerza aparentemente aisladas.

Pero la interacción y la interrelación no sucede sólo con respecto a o entre las ideas, también se da a través de esa amistad imposible entre autores, entre biografiado y biógrafo. González Márquez es un paseante al que le gusta dialogar mientras camina, un dialogante que sigue la senda que va descubriendo en el propio vagar reiterando el pensar histórico original como un pensar visual, un “pensar con los ojos”, fieles ambos, caminante primero y dialogante posterior, a las navegaciones orteguianas, a la conquista de la realidad a través de la metáfora con la que describir los símbolos, las imágenes que impregnan el recorrido intelectual hecho vida.

En ese compartir camino juntos, el biógrafo construye con lo que encuentra en el otro, por lo que no le es extraña ni sorprende en el biografiado, una “ontología” subyacente que queda definida como “la mirada capaz de comprender las estructuras básicas, constituyentes de una realidad” (p. 35), un conjunto “categorial” que posibilita la comprensión del ser de Europa y sus derivaciones en sus existenciales. Una realidad que denota su carácter en cuanto “tema”, en cuanto “problema”, en cuanto “quehacer” que desde Unamuno hasta Zambrano, pasando por supuesto por Ortega, por Zubiri, por Marías ha sido centro aglutinador de reflexiones que han preocupado a esa generación intermedia en la que se encuadra LDC proyectándose incluso en la diferencia con las conclusiones a las que llega un Sloterdijk, un Cacciari o un Duque. Idea y reflexiones que tienen como contrapunto, como revés, la idea y las reflexiones sobre España, en un movimiento pendular

que recorre necesariamente la cuerda de una a otra idea. Se potencia así un “comparativismo” que nos acerca a la universalización de la mirada, que traspasa los límites de la nación y de la sustancia en ese pensar histórico que es pensar visual, pensar con los ojos, diálogo crítico hasta convertir a LDC en el “filósofo o pensador de la Monarquía Católica, Hispánica o de España” (p. 37).

No es de extrañar, pues, el desarrollo armónico aunque no exento de tensión entre categorías, existenciaris tiende a llamarlos el autor, filosóficas, estéticas, políticas e históricas a partir del estudio confesado del Derecho y la Filosofía (p. 39), un doble enfoque u orientación jurídico-filosófica que influido por García Morente, Zubiri y Ortega va a determinar, no podía ser de otro modo, el ámbito de intereses intelectuales, el propio método e incluso las figuras, “grandes pensadores políticos europeos”, desde las que interpretar y dotar de sentido el trabajo investigador a través de una “comprensión imaginativa”. “Unos ‘conceptos imaginativos’ que se nutren de imágenes viajeras y estéticas muy concretas” (p. 41).

— * —

Hay cosas que dichas o expuestas por cualquiera no significan nada, no tienen impacto científico ni dejan huella, y, sin embargo, proferidas, imaginadas por otros, adquieren un sentido que traspasa los mismos límites del ámbito epistemológico para instalarse, ya para siempre, en el campo de lo trascendente. Así, el trabajo de González Márquez, paradójicamente, en cuanto el Autor más que historiador es filósofo, resulta de una calidad destacada y notoria, y más aún centrado y cualificado en este aspecto, el de la pura investigación, al que se sobrepone brillantemente dejando hablar en el ámbito jurídico y filosófico al propio LDC cuyo pensar usual, su propia palabra, es sin duda –y ello permitirá al autor afirmarlo, sumamente atractiva– persuasiva y connotadora, pues también en los reconocimientos para con aquellos a los que uno se siente deudor se descubre el vuelo intelectual, la planificación, los rumbos e itinerarios de un proyecto filosófico y vital más allá de la consideración de un mero trabajo académico.

Así van surgiendo capitularmente ante la mirada categorías que conforman sin dudar un corpus eidético científico pero que tienen la fuerza de las imágenes, de las figuraciones, de las metáforas, en las que las percepciones son tan importantes como la lógica y las impresiones tanto como la coherencia “cuerpo vivo de Europa”, “comprensión de cada cultura desde su mismo centro”, “Metafísica y hermenéutica del paisaje implícita...” y tantas otras tan sonoras y descriptivas que apuntan casi a un escherzo musical, a un esbozo pictórico. Nos vamos a detener sólo en alguna categoría, no secundaria mas tal vez de menor fuerza que Europa o España, pero que también configuran esencialmente el entramado teórico científico que apoya la obra general de LDC.

Sírvanos de ejemplo la tensión campo-ciudad como existenciaris o categoría fundante para LDC para constituir una metafísica u ontología de la ciudad. La

novedosa articulación ciudad-campo, siendo para LDC este segundo complejo, el campo, el gran invento europeo viene a tener carácter constituyente para la cultura europea fundamentada proporcionalmente tanto en el paradigma teológico-filosófico, como económico-productivo y socio-político. Y en este abrir la Tierra, tanto en sentido metafísico, simbólico y fáctico, tarea fundamental de la actividad agraria y categoría propia de la Europa medieval, se intuye ya el derrotero que va a seguir en su constitución. Y así, “la ciudad, es decir, el proceso de concentración urbana nace y se constituye respondiendo a las necesidades de la comarca” (p. 123), por lo que ésta misma en su dimensión política, la propia nación y otras formas políticas supranacionales sólo se entenderán en su sentido más completo si se reconoce el carácter constitutivo de la ciudad campesina europea, su apertura y tensión con el entorno rural. Pero lo que se produce y surge no es la ciudad europea, sino la urbe, la gran ciudad que crece a costa de asolar el campo y desolar las villas, concentrado en escaso territorio al mayor número posible de gente, y estableciendo una sociedad urbana, imponiendo nuevos métodos industriales y transformando la mano de obra rural sobrante, en un proceso constante y geoméricamente acelerado, en proletariado industrial.

En definitiva, una realidad hecha categoría histórica, hecha existenciario fundador, herencia de la actividad realizativa de Europa, de su capacidad para transformar el medio tanto natural como social, constituyéndose en elemento generador de nuevas categorías que abren la fundación, el desarrollo, el sentido y la finalidad de los nuevos caminos que sigue Europa.

— * —

Temas variados que lucen, conforman, brotan de esa relación tan peculiar entre el autor y su obra y el biógrafo, relación en la que González Márquez nos guía felizmente como cicerone experto a través de los escritos de LDC en un recorrido que gana en sus epítomes, que seduce y arrastra hacia el deseo persistente de la lectura original.

Por tanto, a través de Europa como realidad y como concepto, los temas más importantes de la modernidad van apareciendo uno tras otro construyendo un férreo y fuerte entramado sobre el que se derivaran las naciones europeas, su identidad, su carácter, su genio, y especialmente el caso español (la Monarquía Hispánica). Por eso, si cabe hablar de la cultura europea será como manifestación de la poesía, pintura, narrativa, filosofía, ciencia, arquitectura que cada país aporta y Europa comparte.

Las resonancias de una “nación europea” se amplían como un eco y propagan a través de sus creaciones, la de la identidad común, de sus hombres y mujeres, tensando el arco que va del particularismo al universalismo subyacente en esta problemática. Se muestra así la nación como “empresa abierta hacia el futuro”, una categoría que hay que esforzarse activamente en comprender y vivir desde una ver-

tiente orteguiana porque la alternativa no se sabe muy bien hacia dónde puede conducir, o bien puede considerarse como una avanzada del liberalismo neoconservador que quiere entender no ya el Estado sino la sociedad toda como una empresa, o bien marca el camino, presagia, anuncia al hijo perverso de esa nación abstracta por distensión, y como tal, destructor de la realidad histórica de la nación europea y de Europa misma. Nos referimos, por supuesto, al nacionalismo.

El arte, en sus variadas manifestaciones, es la cara de Europa, la faz que se ha ido cincelando a lo largo de siglos y que manifiesta el alma europea. Es la categoría que más intensamente siente nuestro autor en esta ontología de Europa que elabora en torno a *El Rapto de Europa*. O como él mismo dice, “las relaciones entre arte y ontología han sido claras en las tres declinaciones históricas que del ser se han hecho en el mundo griego, en el mundo cristiano y en la modernidad o época de la imagen del mundo” (p.151), y a lo largo de la apreciación y consideración de esta categoría constituyente la historia de Europa se despliega como plasmación, escritura, edificación o construcción, pintura de esta paradoja que nos constituyó originariamente como europeos, radicalización de la realidad y mostración de la misma entraña de Europa.

Y por último la técnica, “realidad intermedia ‘entre el espíritu y la naturaleza’ ” (p. 176), como categoría ontológica constitutiva y constituyente, de nuevo, del ser europeo, y que a través de la constancia y eficacia de las metáforas, que usan tanto el biografiado como el biógrafo, y que nos conducen a una comprensión, a un avistamiento del carácter esencial, y problemático, arriesgado, sinuoso, sirénido, de la técnica como un modo elemental de hacer vida, de habitar el mundo, de plenificar de forma limitada en el tiempo el deseo eternamente insatisfecho de felicidad, de colmar una naturaleza que por humana anhela una teleología en la que el dominio humano sobre la naturaleza, teórico y práctico, tenga los mismos resultados que el secularizado dominio de Dios, sin el riesgo de la entrega, sin el riesgo de la pérdida de libertad.

Afirma el biógrafo como característica identitaria de LDC la ausencia de compartimentos, de épocas intelectuales en un *continuum* vital e intelectual en el que las ideas-madre o ideas-fuerza (España, Europa, la Monarquía, el pensar histórico, el pensar liberal...), estando presentes desde los orígenes, se abren, se despliegan desde sí mismas adaptativamente a la realidad histórica que van compartiendo, que van cruzando, sosteniéndose entre sí y sirviendo de arco fundante desde el momento histórico en el que fueron desarrolladas. Y esto quiere demostrarlo a partir de la consideración de un último capítulo de la Parte Primera que se viene a llamar los *Escritos posteriores a El rapto de Europa...*, y en donde sitúa “la reivindicación de la obra y de su método [...] el sentido último que para Luis Díez del Corral tiene la investigación histórica y la tarea específica de la misma filosofía de la Historia” (p. 199).

Cierra esta parte con las consideraciones proyectivas de lo que supone “el rapto”, con minúsculas; un proceso seductor a veces, violento siempre, del resto del mundo sobre Europa, y especialmente Japón, China y la India, con aproximaciones que, vistas con perspectiva, no han perdido ni pizca de eficacia y explanación en una trayectoria personal e intelectual, vital en una palabra, amplia y fértil que caracteriza “al viajero sensible e inteligente, irónico, pero prudente a la vez, cargado de lecturas muy decantadas y hechas propias, pero capaz también de contemplar la realidad sin prejuicios ni anteojeras” (p. 206).

— * —

En realidad González Márquez nos ha construido un palimpsesto. Escribe sobre un texto que subyace, que se transparenta, intercomunicándose ideas, lenguaje, posturas, y alumbrando a su vez un texto complejo, denso, seductor, abierto y convincente.

Evidentemente esta Segunda Parte (España) reitera ideas, complementa y completa exposiciones iniciadas en la Primera porque parte de la convicción, no sólo intelectual, de que es imposible comprender España, su ser, su realidad, sus problemas originales y constantemente presentes en su historia, sin su arraigo firme, incluso diríamos sin su resiliencia, en Europa.

Los puntos de partida, obviamente y consecuentemente, van a ser comunes, participados de nuevo, desde el liberalismo doctrinario, independientemente de cualquier veleidad inicial “falangista liberal” expuesta como originaria disidencia intelectual en defensa de, constantemente presente ya, la libertad de pensamiento y de investigación, distanciado de la exclusión del otro, del rechazo del enemigo, valorando la calma, el respeto, la tolerancia, la consideración del ser otro, “espíritu de civilización” aunque a veces haya que olvidar, olvidar la legalidad, el respeto a la ley en pro de la plasmación de un modelo de convivencia distinto del de los “vencedores”, que salve las circunstancias, que despeje el odio, y dulcifique el triste sabor de la victoria (p. 239).

Recorriendo las páginas sobresale el modo como el autor, el biógrafo, ha disfrutado y disfruta con el trabajo de investigación, con ese manejo directo de la correspondencia entre autores, con esas entrevistas familiares e historias de vida que hilvana y dejan translucir, el espíritu, el pensamiento más claro de LDC, y en donde surgen a borbotones calientes las categorías, las ideas, la sistémica y la sistemática de un pensamiento hecho vida en su ejercicio y libertad.

En esta Segunda Parte reitera y repite, traslada las categorías y nociones, las construcciones, las “visiones” intelectuales de la primera parte, con todas sus implicaciones, derivaciones, interpretaciones. Transpone o escribe sobre el palimpsesto básico de Europa, sobre el que levanta la interpretación de España, su ser, su papel histórico, como objeto de los intereses vitales e intelectuales del biografiado. Así desde el horizonte de Europa la consideración de España, la reiteración del método

comparatista, la constancia del pensar histórico entramado en una forma de pensar, de considerar y ver la realidad, que se resuelve en un “pensar con los ojos”, un pensamiento visual o imaginativo que hace converger armónicamente “formas políticas” y “formas estéticas”, y siempre como aplicación práctica del método científico, el viaje, el viajar con los ojos puestos sobre la realidad que sale al encuentro bajo su forma estética y en cuanto tal objeto de ese “pensar con los ojos”. Y así discurren ante los ojos del viajero intelectual, realidades que se entienden, que cobran sentido a partir de categorías, conceptos, pinceladas y esbozos y categorías que toman significado científico, rigurosidad en la apreciación y en la taxonómica, de la realidad que pretenden describir y al describir son. Probablemente quien mejor recoge y explica esta interacción, esta participación en el constituir al ámbito complementario, sea el propio LDC en el siguiente texto que también el biógrafo reconoce (p. 397).

“Quien no sepa comprender admirativamente una estatua griega no acertará a representarse lo que fue de verdad la ciudadanía en la ‘polis’, ni el modo peculiar morfológico, del pensamiento político de Platón y Aristóteles. Quien no esté penetrado de los ideales artísticos del Renacimiento, no podrá comprender cabalmente a Maquiavelo, pues, con todo su desenfadado empirismo, fue esencial a su pensamiento, un acusado esteticismo humanista. Pero también al revés; sin tener en cuenta sus supuestos sociales y políticos no se podrá comprender de verdad la escultura griega o la pintura italiana del Renacimiento”.

Llegados a este punto y aunque sea cierto que se puede leer o hacer ontología de la Monarquía Española contemplando sus cuadros, recorriendo los estilos y la formas pictóricas a través de las cuales los distintos monarcas se han relacionado con sus pintores de cámara, ello no sería suficiente para decir que Díez del Corral haya sido un gran intérprete o hermeneuta si no fuera porque su escritura induce, persuade, convence en términos de descubrimiento, de exposición de fundamentos de lo que se nos muestra, pues aunque ‘añadir desde dentro’ no es aportar una vertiente o variable más rigurosa, científica, ni tan siquiera artística, sí es cierto que su exposición encandila, embauca, halaga y provoca placer. Y no por ello deja de resultar triste la consecuencia, el desenlace final. Esa “soberanía de la mirada” que desde el “fondo heroico y sincero” que considera el agotamiento cumplido de un linaje, de una casa (la de los Habsburgos) que en su último representante (Carlos II) cerraba una dinastía aciaga reconociendo, al mismo tiempo, el papel jugado históricamente en la articulación de unas formas políticas flexibles y capaces de acoger y recoger naciones diversas, tradiciones diferenciadas y regiones de índole casi inabarcable.

Hay una profunda lectura de la obra de LDC, una lectura hacia dentro, hacia lo hondo, que va aflorando conforme se exponen los ámbitos, las dimensiones, los parámetros que constituyen el complejo entramado de toda producción, de toda creación, y que se puede concretar, se puede precisar en el fenómeno fáctico de la

Monarquía Hispánica, realidad político-social que va más allá de cualquier estructura administrativo-gubernamental, de cualquier carácter y sobre todo el imperial, de la época, y de cualquier realización temporal antigua o medieval constituyéndose en “otra” realidad, en algo completamente distinto, en su constitución esencial.

Entre “don Luis Díez del Corral” y “LCD” (p. 313) ha habido un trabajo inmenso por parte del autor ‘biografiando’ sobre un poso de experiencias articuladas, vitales e intelectuales y decididamente compartidas, sobre los temas y problemas anteriormente referidos. Y así, se puede negar o disentir de algunos de los contenidos planteados, divergir de su importancia histórica, de su carácter fundante, de su necesidad ontológica, pero difícilmente podremos no estar de acuerdo con el modo de llegar a ellos, con el método que se nos propone. Ese leer con, ese hacer camino en común, esa apertura a la circunstancia que nos determina, a comparar como forma de comprender al otro, como forma de hacerse como el otro ...

* * *

JÉSSICA SÁNCHEZ ESPILLAQUE

Ernesto Grassi
y la filosofía del humanismo



Biblioteca Universitaria, 8. 9

Presentación por Emilio Hidalgo-Serna

ORP

SEVILLA